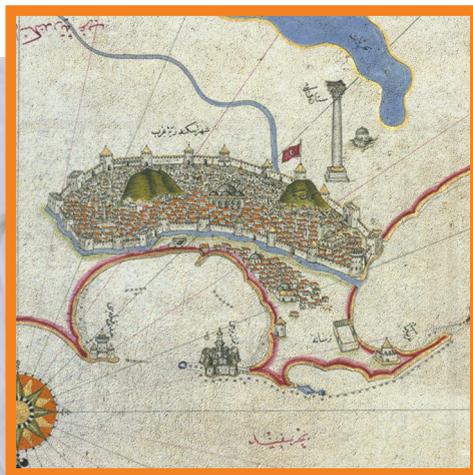


Prácticas estatales y regímenes de territorialidad en las sociedades premodernas



Eleonora Dell'Elicine, Héctor Francisco,
Paola Miceli y Alejandro Morin
(compiladores)

PRÁCTICAS ESTATALES Y RÉGIMENES DE TERRITORIALIDAD
EN LAS SOCIEDADES PREMODERNAS

Eleonora Dell'Elicine, Héctor Francisco,
Paola Miceli y Alejandro Morin
(compiladores)

Prácticas estatales y regímenes de territorialidad en las sociedades premodernas

María Eugenia Alemano, Emiliano Buis,
Victoria Casamiquela Gerhold, María de la Paz Estevez,
Corina Luchía y Álvaro M. Moreno Leoni

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Prácticas estatales y regímenes de territorialidad en las sociedades premodernas / María Eugenia Alemano ... [et al.] ; compilado por Eleonora Dell'Elicine ... [et al.]. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2018.

Libro digital, PDF - (Humanidades ; 38)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-630-330-9

1. Estado. 2. Historia. I. Alemano, María Eugenia II. Dell'Elicine, Eleonora, comp.
CDD 320.101

EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2018

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@ungs.edu.ar

www.ungs.edu.ar/ediciones

Diseño gráfico de colección: Andrés Espinosa

Diagramación: Franco Perticaro

Corrección: Gabriela Ventureira

Hecho el depósito que marca la Ley 11723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Regímenes de territorialidad y prácticas historiográficas <i>Eleonora Dell'Elicine, Héctor Francisco, Paola Miceli y Alejandro Morin</i>	9
Artemisa y los extremos: hacia una imagería erótico-política del espacio liminal en la Grecia clásica <i>Emiliano J. Buis</i>	17
“El primer hombre que reunió todo el Peloponeso en la llamada Confederación Aquea”. El territorio y sus discursos entre la élite política aquea de los siglos III-II a. C. <i>Álvaro M. Moreno Leoni</i>	49
La inscripción del Estado bizantino en el espacio urbano de Constantinopla (siglos IV-XII) <i>Victoria Casamiquela Gerhold</i>	77
La construcción de vínculos entre conquistadores y vencidos: el caso de los mawālī de al-Andalus <i>María de la Paz Estevez</i>	99
Estrategias de poder, propiedad y privilegio en los concejos castellanos (siglos XIV-XV) <i>Corina Luchía</i>	121
La frontera y la construcción del Estado virreinal en Buenos Aires (1750-1805) <i>María Eugenia Alemano</i>	147

“El primer hombre que reunió todo
el Peloponeso en la llamada
Confederación Aquea”
El territorio y sus discursos entre la élite política
aquea de los siglos III-II a. C.

Álvaro M. Moreno Leoni

UNRC-UNC-CIECS/CONICET

Introducción: Territorio y guerra en el mundo helenístico

En los estudios contemporáneos sobre el Estado se discute con insistencia sobre el momento histórico más apropiado para situar temporalmente el inicio de la forma estatal de base territorial. Frente a este problema, los especialistas han acordado, en general, con la tesis de que los Estados, entendidos como reclamos territoriales relativamente homogéneos que se extienden hasta un límite lineal trazado sobre un mapa, que es una representación visual del control estatal sobre un determinado espacio, son fenómenos históricos relativamente recientes. Para algunos, en efecto, se trataría del resultado de un proceso rastreable a lo sumo hasta los momentos finales de la Edad Media, pero que sería plenamente observable solo a partir del momento de la firma de la Paz de Westfalia (1648). Otros, más escépticos al respecto, no han creído en que puedan hallarse Estados de base verdaderamente territorial sino solo hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XVIII. Para este grupo de autores, en general, la transformación operada en torno a la nueva base territorial del Estado sería reconocible en los acuerdos

territoriales que reordenaron el mapa político de la Europa posnapoleónica tras el Congreso de Viena (1815).¹

Aunque las realidades estatales medievales son mencionadas en estos estudios a menudo de manera sumaria, fundamentalmente para oponer sus rasgos generales a la serie de transformaciones que habrían caracterizado a los Estados territoriales modernos, rara vez, en cambio, se hace un intento por comprender la naturaleza de la realidad territorial de las formas estatales mediterráneas antiguas. Esta merece aquí, por lo tanto, una discusión al menos sucinta con respecto a algunos ejemplos del mundo griego antiguo, puesto que la comprensión de este fenómeno ha experimentado cambios notables en las últimas tres décadas.

En un primer momento, la *pólis* arcaica y clásica y su construcción del territorio atrajo lógicamente toda la atención. Independientemente de que se la considere como comunidad política o, como se ha propuesto más recientemente de acuerdo con criterios más clásicos, como “ciudad” y “Estado” a la vez, eludiendo la criticada traducción “ciudad-Estado”, su base territorial derivada de una potente integración entre el *ásty* (“centro urbano”) y la *Khóra* (“territorio”), parece estar más allá de todo matiz en la discusión historiográfica presente (Hansen, 2006: 62-65). Una referencia obligada al respecto es, sin duda, el clásico estudio de De Polignac, quien ha mostrado la importancia que tuvieron, durante la época oscura y comienzos de la arcaica (siglos IX-VII a. C.), los santuarios extraurbanos. Emplazados sobre los bordes de un espacio rural que, sin embargo, se hallaba integrado al núcleo urbano de la *pólis*, tenían una función central tanto en la definición del territorio políada, como en la integración ritual de todos los miembros a la comunidad cívica, en constante desarrollo, dentro de un mismo territorio (De Polignac 1995).

Las prácticas de territorialización se vuelven más claras, y asiduas, durante la época helenística como resultado de la fuerte inestabilidad en las relaciones de poder que caracterizó a este período histórico. Entre la muerte de Alejandro Magno (323 a. C.) y la anexión del Egipto ptolemaico por C. César Octaviano (30 a. C.), se experimentó, en efecto, un incremento notable en la frecuencia y en la intensidad del fenómeno bélico. En ese sentido, se ha señalado que la destrucción del Imperio aqueménida, seguida de la prematura muerte de Alejandro Magno en Babilonia, generó un sistema internacional de reinos pares, que fue mucho más inestable que el imperio mundial hegemónico en el Mediterráneo oriental que imperó con los aqueménidas o, posteriormente, con los romanos

¹ Para finales de la Edad Media, cfr. Krasner (1993), Spruyt (1994), Wight (1977). Para un pasado más reciente, Branch (2014) y Hall (1999).

(Kosmin, 2014: 31). El sistema interestatal helenístico recién va a adoptar una forma definitiva, mucho más estable, durante los cinco años posteriores a Corupedio (281 a. C.), cuando van a quedar establecidos de forma definitiva los reinos de los antigónidas, seléucidas, ptolomeos y atálidas. El resultado de este orden interestatal fue, sin embargo, un “mundo de multipolaridad e inestables balances de poder [...] junto con la preponderancia de la guerra y la ausencia de una ley internacional”.²

La aplicación de la teoría neorrealista de las relaciones internacionales para comprender la conformación del sistema interestatal helenístico aporta, en efecto, un panorama quizá demasiado sombrío. No está desprovista, incluso, de críticas por su peligrosa asociación entre el papel de Roma y los Estados Unidos en el período post Guerra Fría. Algunos matices deben, por lo tanto, también ser incorporados a la hora de componer un cuadro histórico en el cual el problema de la construcción del territorio y la fijación de las fronteras va a volverse crucial.

En ese sentido, no puede obviarse el desarrollo de prácticas diplomáticas más sofisticadas que, aunque no lograran evitar el estallido de los conflictos, sí intentaban solucionarlos una vez producidos, sobre todo, a través del uso de mediadores reconocidos por ambas partes en guerra. No siempre lograban su cometido, es cierto, pero esto no resta importancia al fenómeno. Además, la existencia de arbitrajes de terceras partes y de la figura de los *próxenoi* cívicos también contribuyó relativamente a preservar la paz en el mundo helenístico. De todos modos, es necesario reconocer que la mayor parte del tiempo, sin embargo, la paz era un objetivo y un anhelo difíciles de alcanzar en la práctica. No parece descaminada, en ese sentido, la apreciación de Lévêque sobre la guerra como “el estado endémico”, o “ubicuo” según Chaniotis, en la época, sobre todo cuando se advierte que entre 323 y 160 a. C. hubo solo seis años de paz entre las grandes monarquías helenísticas.³

En este contexto de guerra y de fluidas transferencias de poder, tierras y recursos entre los distintos actores del sistema interestatal helenístico, la fijación de los límites y la intensificación de las prácticas de territorialización se volvían cuestiones sensibles para grandes y pequeños estados por igual. La mayor parte de las guerras, sobre todo en el área egea del mundo helenístico, tenían como causa última, en efecto, la escasez relativa de tierras. En el caso cretense, Chaniotis ha mostrado cómo la superpoblación (relativa), producto de la mala

² Eckstein (2006: 1). Sobre los límites de una “ley internacional” en Grecia antigua: Payen (2012: 92-101).

³ Leveque (1968: 279), Chaniotis (2005: 2).

distribución de la tierra, conjugada con un sistema rígido de transmisión de las herencias y con la existencia de una gran cantidad de jóvenes con entrenamiento militar como efebos que, a la vez, se hallaban excluidos de la ciudadanía plena por ser no-propietarios, condujeron a un estado de guerra endémico, así como también al auge de prácticas económicas informales como la piratería y el mercenariado en la isla (Chaniotis, 1996). Los tratados entre *póleis* cretenses muestran, en efecto, un claro y meticuloso interés por fijar las fronteras entre sus territorios. En el siglo II a. C. Cnosos y Gortina establecieron una alianza para atacar conjuntamente a Rauco, a la que finalmente derrotaron y destruyeron. Los aliados victoriosos firmaron un tratado por el cual se repartieron las tierras de la ciudad arrasada, trazando una línea que dividía con exactitud el territorio de Rauco, cortando incluso al pueblo por la mitad siguiendo una de sus calles principales.⁴ En Asia Menor, la preocupación por controlar y defender el territorio es también notable, por ejemplo, en el caso de Mileto en Jonia, que, a través de la erección de fuertes con guarniciones en las fronteras, así como también por medio de un sólido sistema de calzadas, buscó articular e integrar su territorio (Ma, 2000: 341).

Actualmente se reconoce que incluso los reinos helenísticos advirtieron la importancia de los límites y que, por lo tanto, diseñaron también diversas estrategias para controlar de forma más efectiva su territorio (Capdetrey, 2010). En el caso del Imperio Seléucida, el cambio de orientación en la historiografía contemporánea se advierte de forma quizá más notable. El inmenso territorio conquistado por Seleuco I Nicátor, que se extendía desde la meseta irania hasta el Egeo, parecía heterogéneo y difícil de integrar. Al menos cinco centros geográfico-culturales, cada uno con su propia lógica, son, en efecto, identificables en el mismo: Anatolia, norte de Siria, Mesopotamia, Irán y las “Altas Satrapías”.

La tesis clásica de Tarn, de un reino asimilable a un crustáceo carente de un “centro sólido”, como una superestructura política simple, del rey, la corte y el ejército, carente de integración con el territorio, despertó hace unos veinte años, sin embargo, la crítica de Sherwin-White y Kuhrt. Estas autoras consideraron que el reino seléucida podía ser mejor entendido como un imperio oriental “centrado” en el Creciente fértil (Mesopotamia, norte de Siria y la meseta occidental de Irán) (Sherwin-White y Kuhrt, 1993: 1). Desde esta perspectiva, otras áreas, como Asia Menor o las llamadas “Altas Satrapías” (el actual Afganistán), se consideraban generalmente como regiones periféricas. Más recientemente, Kosmin ha dedicado un libro al problema de la construcción

⁴ Chaniotis (2005: 11), Chaniotis (1996: n. 44).

“El primer hombre que reunió todo el Peloponeso en la llamada Confederación Aquea”

del territorio seléucida, mostrando que el proceso fue mucho más complejo y activo. El autor apunta allí a explicar justamente el rol que tuvo la ideología y la práctica real de cara al objetivo de la construcción del territorio donde se ejercía el poder imperial y, en ese sentido, a reconocer cierta “estatalidad”, en términos weberianos, al imperio seléucida.⁵

En el caso del imperio seléucida, entrar “en una lógica de afirmación simbólica de su poder real y de construcción voluntarista de su territorio” era un imperativo debido especialmente a la naturaleza heterogénea del espacio controlado por sus reyes (Capdetrey, 2012: 323). Las limitaciones del poder de los monarcas helenísticos se revelaban de forma más cruda en el caso seléucida: la capacidad militar era lo que, en un primer momento, definía la extensión y el grado de control que los reyes tenían para imponer su autoridad sobre un territorio en particular; de allí la doble naturaleza semántica de *arché* como poder y como dominio o, podríamos decir, como territorio y autoridad (Austin, 1986). Esto no significa, sin embargo, que los reyes seléucidas no hubieran buscado avanzar hacia formas más complejas de ejercer su autoridad sobre los territorios obtenidos. Por el contrario, erigieron monumentos, caminos, fortificaciones; incluso hicieron un uso activo de la onomástica de las nuevas ciudades fundadas (o refundadas), lo que les permitió hasta cierto punto inscribir la memoria de su control real sobre un heterogéneo espacio geográfico asiático, y reforzar esta práctica, por ejemplo, con narrativas de carácter mítico e histórico, que daban sentido a los lugares y vinculaban los territorios controlados con la autoridad política de la dinastía.⁶

Los casos de las *póleis*, de Creta y de Asia Menor, así como el del Imperio Seléucida ponen de manifiesto a través de sus casos que el territorio y la fijación de límites tenían cierta centralidad en época helenística. El inscribir una memoria del control político sobre un espacio geográfico fue un problema común en un mundo helenístico en el cual la guerra y la modificación de las fronteras constituían fenómenos permanentes. Los habitantes de Calimna, pequeña *pólis* que recibió una *homopoliteía* (“ciudadanía común”) de parte de Cos, tuvieron que, por ejemplo y no de forma “atípica”, jurar que jamás permitirían que el territorio de los coenses disminuyera sino que, por el contrario, se esforzarían

⁵ Kosmin (2014); “el Estado es aquella comunidad humana que en el interior de un determinado territorio –el concepto del ‘territorio’ es esencial a la definición– reclama para sí (con éxito) el monopolio de la coacción física legítima”, Weber (2008: 1056).

⁶ Un ejemplo de abordaje de las narrativas seléucidas de “reconquista” de Asia Menor: Ma (1999: 26-52).

para que este siempre se incrementara.⁷ Podemos con ello vislumbrar lo que estaba en juego si una *pólis* de dimensiones relativamente modestas mostraba esta inclinación, al menos en lo discursivo, a extender indefinidamente su territorio.

Dentro de este sistema interestatal, violento e inestable, la Confederación Aquea fue un actor de tamaño medio con cierta relevancia, que se mostró particularmente activo entre 251-146 a. C. Como tal, también tenía interés en fijar y hacer reconocer sus fronteras por otros estados, particularmente por Macedonia y, a partir de comienzos del siglo II a. C., también por Roma. En este trabajo nos interesa abordar la dimensión discursiva y, fundamentalmente, ideológica de la territorialización aquea operada con respecto al Peloponeso. Buscamos dar respuesta a cómo, por qué y cuándo comenzó a imaginarse entre la élite política aquea la existencia de una exacta coincidencia entre, por un lado, el territorio federal y, por el otro, el espacio geográfico-cultural del Peloponeso. Como se advierte en el título del presente capítulo, un pasaje tardío de la *Periegesis* de Pausanias, escritor y viajero griego del siglo II d. C., sirve de punto de partida para encarar este problema. El periegeta, durante su recorrido por Megalópolis de Arcadia en época romana, halló una inscripción colocada en la base de una estatua erigida en honor a Diófanes, líder aqueo del siglo II a. C. Allí se lo reconocía como “el primer hombre que reunió todo el Peloponeso en la llamada Confederación Aquea (συντάξαντος δὲ ἀνδρὸς πρώτου Πελοπόννησον τὴν πᾶσαν ἐς τὸν ὀνομασθέντα Ἀχαικὸν σύλλογον)”.⁸ Diófanes había conseguido incorporar a Mesene, al oeste peninsular, coronando con ello un largo proceso por el cual buscaba ser recordado (191 a. C.) (Schorn, 1833: 289). La unidad peninsular parece haber sido una cuestión central para los aqueos del siglo II a. C. La hipótesis extendida entre los politólogos sobre la exclusividad territorial de los estados modernos podría obviarse aquí. Aunque no de una forma convencional, la élite federal aquea exhibió públicamente un interés por identificar un espacio determinado, la totalidad de la península peloponesia, con el territorio federal.

Al respecto, puede señalarse una posible objeción a lo que se plantea aquí: el límite de la cartografía antigua, que no se regía de acuerdo con nuestra lógica científica moderna.⁹ En un reciente estudio, por ejemplo, Branch ha señalado que solo la revolución cartográfica que estalló en Europa y en sus colonias americanas a mediados del siglo XVI habría abierto el camino para que, durante la segunda mitad del XVIII, los estados cambiaran su tradicional reclamo de

⁷ *Tit. Cal., Testimonia* n° XII, ll. 26-27, citada por Ma (2000: 352).

⁸ Paus. VIII.30.5, Gruen (1986: 468-469).

⁹ Sobre los límites en el uso del mapa antiguo, cfr. Jacob (2008: 55-63).

“El primer hombre que reunió todo el Peloponeso en la llamada Confederación Aquea”

autoridad sobre un conjunto de personas y lugares aislados. Un nuevo tipo de autoridad construida sobre el reconocimiento de una estricta dimensión territorial, facilitado por el desarrollo de la cartografía científica, comenzó a prevalecer (Branch, 2014: 4). Ahora bien, aunque previsiblemente no se parte de una reflexión científica sobre el espacio, la inscripción aquea citada por Pausanias no menciona simplemente a los peloponesios, como pueblo o como cuerpo cívico sinónimo de los “aqueos”, ni tampoco se detiene en cada uno de los *ethné* o pueblos que integraban la Confederación, sino que se refiere a la totalidad del espacio peninsular (Πελοπόννησον τὴν πᾶσαν), que se identifica con el territorio político federal. Se buscará aquí reflexionar, por lo tanto, sobre el desarrollo histórico de esta identidad y sobre la importancia que tuvo para la experiencia histórica aquea.

Desde un punto de vista teórico, a partir de los aportes de Anderson, la antropología histórica ha mostrado la importancia que posee la imaginación de un territorio como algo propio en el proceso de surgimiento de los estados nacionales durante el siglo XIX (Anderson, 1993: 238-249). Esto se observa de modo particular no solo en el desarrollo de disciplinas específicas orientadas a facilitar a los estados la aprehensión del espacio, como ocurre, por ejemplo, con la geografía y la cartografía, sino fundamentalmente en la capacidad que esta percepción de un espacio común, mediada por su “logoización” gráfica, proporcionaba a los individuos-ciudadanos para imaginarse formando parte de un mismo territorio. Lo interesante de esto, en nuestro caso, es que ocurría generalmente incluso antes de que ese espacio representado en un mapa pudiera ser controlado y efectivamente territorializado por un estado. No es necesario aquí señalar los límites de la aplicación de esta propuesta, pensada originalmente para el mundo contemporáneo y para el moderno Estado-Nación, pero estos límites no deben ocultar su valor heurístico para las sociedades precapitalistas en general y para el caso aqueo en particular, como esperamos mostrar a continuación.

Los aqueos y la unidad del Peloponeso

Un buen punto de partida es la llamada *Achaica* (II.37-70), relato cuasi histórico inserto por Polibio en el libro II de sus *Historias*, en el cual se buscaba establecer, de forma bastante explícita, una identificación entre el Peloponeso y la Confederación Aquea. En este relato se brinda un resumen de la historia aquea desde los tiempos heroicos, con el regreso de los Heráclidas, hasta el pasado

reciente y el estallido de la equívocamente denominada “Guerra Social” (220 a. C.). Con todo, es el tiempo histórico el que prima en la economía general del relato. Polibio menciona allí un acontecimiento que, en nuestra opinión, reviste cierta importancia como indicio: la ejecución por parte de los aqueos de Aristómaco, antiguo tirano de Argos que había sido amnistiado y había llegado a ser elegido posteriormente estratego federal de los aqueos. Polibio, justificando esta decisión aquea, escribía lo siguiente:

Este hombre, hecho prisionero, hubiera debido, no morir en Céncreas, durante la noche y en medio de torturas, como narra Filarco, sino perder su vida después de haber sido paseado por el Peloponeso y servir de ejemplo por su castigo (Plb., II.60.7; cfr. Plu., *Arat.* 44.4).

La ejecución debió haber servido, pues, como un ejemplo para todo el Peloponeso, puesto que, como se observa en el *Protágoras*, el castigo público es un “espectáculo” que se inflige como un medio de disuasión (Plat., *Prot.* 324a-b). Otras ejecuciones públicas de rebeldes en las *Historias* apuntan en esta dirección. Por ejemplo, a Matos, el líder de los mercenarios cartagineses sublevados, “los soldados [lo] llevaron en procesión a través de la ciudad [...] y le infligieron toda clase de torturas” (Plb., I.88.6). Antíoco III, cuando capturó a los rebeldes Molón y Aqueo, también buscó hacer visibles ambos castigos en el territorio rebelde. En el caso de Molón, por ejemplo, “ordenó crucificar el cuerpo [...] en el lugar más visible de Media.” (Plb., VIII.21.3-4; v.54.6-7).¹⁰ El paralelo revela lo ideal que para Polibio habría resultado castigar a un presunto ex tirano y traidor de tal modo que fuera visible en todo el Peloponeso, revelando cierta identificación entre espacio geográfico y territorio federal. Nótese que el crimen, en efecto, había sido cometido contra la Confederación. Sin embargo, en el momento de esta ejecución (223 a. C.), la unidad del Peloponeso bajo poder aqueo estaba lejos de realizarse. Esta proyección de la ulterior situación del Peloponeso al libro II de su obra, aunque francamente anacrónica, creemos que se convierte en una puerta de entrada para comprender el peso que tenía la imaginación del Peloponeso como equivalente del territorio federal entre los miembros de la élite aquea.

Polibio se preguntaba en la *Achaica* también “cómo y en qué circunstancias se impuso el nombre aqueo sobre todos los peloponesios” (Plb., II.38.1), realizando, de ese modo, una declaración sobre el éxito aqueo en la extensión de su *sympoliteía* (“ciudadanía federal”). Al mismo tiempo, su pregunta presupone

¹⁰ Plb., VIII.21.3-4, v.54.6-7. Cfr. Ma (1999: 61).

la preexistencia de unas entidades, “el Peloponeso” y “los peloponesios”, que habían sido en algún momento integrados a la Confederación por medio del derecho. ¿Qué evidencias históricas hay al respecto?

Las nociones del “Peloponeso” y de los “peloponesios” eran resultados de un largo proceso de construcción histórica, al cual en época helenística vino a superponerse la realidad política del edificio federal aqueo. Según Estrabón, en una época previa al retorno semimítico de los Heráclidas, los “peloponesios” habrían llegado a un acuerdo con los jonios a fin de evitar batallar incesantemente entre sí. Habrían resuelto, para evitar esto, colocar una inscripción en el istmo de Corinto en la que, de un lado, se dijera “esto es el Peloponeso, no Jonia”, y que, del otro, se informara lo contrario, “esto no es el Peloponeso, sino Jonia” (Str. ix.1.6). En Pausanias, esta construcción de una frontera en Megáride entre el Ática y el Peloponeso se vuelve explícita también cuando el periegeta señala que “los megarenses cambiaron tanto sus costumbres y su lengua que se convirtieron en dorios” (Paus. i.39.5). Es posible que estas anécdotas, que trasladaban el origen de un espacio geográfico-cultural, con su propia identidad colectiva, al pasado heroico, sirvieran para ilustrar más bien una realidad posterior clásica y helenística.

En efecto, parece difícil hallar una imagen del Peloponeso, y de los peloponesios, como entidad colectiva más allá del período clásico. Durante el siglo v a. C., sin embargo, esta percepción geográfico-cultural habría cristalizado en una cierta identidad difusa. Según Vlassopoulos (2007), dicha identidad no habría jugado un papel central en la percepción a nivel individual, pues son raras las inscripciones que especifican un origen “peloponesio” de los sujetos. En cambio, sí parece haberse conformado una identidad al nivel del espacio, con la aparición en la literatura, por un lado, del “Peloponeso” como un espacio delimitado y, por el otro, de un colectivo, los “peloponesios”, como depositarios de cierto *éthos* distintivo. Es posible que a esta identidad contribuyeran la experiencia política de la Liga del Peloponeso y, quizá también, la trayectoria individual de miles de peloponesios que circularon por el Mediterráneo como colonos o mercenarios, reconocibles en Alejandría por su “parloteo a la peloponesia (Πελοποννασιστὶ λαλεῖμεν)”, en referencia a su dialecto dórico (Theocr., *Id.* 15.92).

Durante su exilio en Alejandría, Cleómenes III de Esparta observó, en conversación con el cortesano Sosibio, con respecto a los mercenarios extranjeros que se hallaban en ese momento en la ciudad, lo siguiente:

“¿no ves”, dijo, “que casi unos tres mil son extranjeros procedentes del Peloponeso y que unos mil son cretenses?” Con que solo les haga yo una

señal, todos estarán dispuestos a apoyarte. Y ¿a quiénes vas a temer cuando estén esos reunidos? “Salvo, es evidente”, dijo, “a los soldados de Siria y de Caria” (Plb. v.36.4-5).

La fuente de este pasaje polibiano era posiblemente Filarco, historiador del siglo III a. C. Los peloponesios aparecen agrupados como un conjunto tan homogéneo entre los griegos mercenarios como los isleños cretenses, lo que debería ser un dato a ser tenido en cuenta a la hora de pensar su carácter colectivo.

En época helenística, a partir de mediados del siglo III a. C., pronto comenzó a identificarse el territorio federal aqueo con este espacio geográfico-cultural, beneficiándose los aqueos de la identidad colectiva peloponesia, que venía forjándose desde la época clásica. Ahora bien, otras visiones, notablemente la espartana, intentaban, sin embargo, redefinir otra identidad peninsular sobre la base de una lectura histórica distinta. Por lo pronto, sería importante precisar un *terminus ante quem* para la conformación de esta identidad territorial. Si nos guiamos estrictamente por lo que explicitan las fuentes, y por lo que sostiene gran parte de la bibliografía académica, la unidad del Peloponeso habría sido un objetivo inmanente para la élite política aquea. Desde una perspectiva histórica, en cambio, esta interpretación es insostenible y requiere una revisión crítica.

Una noticia en la obra de Tito Livio permite fijar un *terminus ante quem*. En el contexto de las negociaciones aqueas con Perseo, rey de Macedonia, que perseguían el levantamiento de una prohibición de pisar suelo de la Confederación (174 a. C.), que pesaba sobre los macedonios desde la Segunda Guerra Macedónica (200-197 a. C.), Livio recoge un discurso de Calícrates, líder aqueo, que muestra una clara identificación entre la Confederación y el territorio peloponesio. En aquella oportunidad, en su alegato en contra de la suspensión de la medida, Calícrates dijo que los macedonios estaban en su conjunto, y por decreto federal, excluidos del Peloponeso (*ut decretum, quo arcentur Peloponneso Macedones*) (Liv., xli.23.15-16). Para él, existía el riesgo de que el rey, que ya se había aproximado a Delfos, pudiera ser visto pronto cruzando al Peloponeso (*traicientem in Peloponnesum videamus*) (Liv., xli.23.16). No hablaba, por lo tanto, de la Confederación, sino del Peloponeso como el territorio aqueo. Pausanias, en su recorrido por Corinto, nos dejó una breve digresión sobre la Guerra Aquea (146 a. C.) que es importante también para reconocer el momento de cristalización de esta identidad:

En Corinto no vive ya ninguno de los antiguos corintios, sino colonos enviados por los romanos. La culpa la tuvo la Confederación aquea, pues

“El primer hombre que reunió todo el Peloponeso en la llamada Confederación Aquea”

como los corintios eran miembros de ella, también participaron en la guerra contra los romanos que Critolao, elegido estratego de los aqueos, hizo estallar, persuadiendo a los aqueos y a la mayoría de los de afuera del Peloponeso a que se rebelasen (Paus., II.1.2).

Los aqueos son identificados como los habitantes del Peloponeso, que lo controlan, lo que se advierte en la oposición establecida con sus aliados externos a dicha península (καὶ τῶν ἔξω Πελοποννήσου τοὺς πολλοὺς). El mencionado pasaje de Polibio, el de Tito Livio y, tal como podemos advertir, también el de Pausanias, todos ellos ambientados históricamente en el período comprendido entre el 174 y el 146 a. C., revelan que, por aquella época, tras haber sido incorporadas Elis, Mesene y Esparta, los aqueos tenían la impresión de haber alcanzado la unidad del Peloponeso. Ahora bien, el planteo de las siguientes dos preguntas se vuelve ineludible: ¿fue esto el resultado de un objetivo? ¿A partir de qué momento histórico comenzó a construirse la identidad entre el Peloponeso y el territorio federal?

Anderson señala que a menudo la imaginación antecede al territorio efectivo, algo que, en el caso aqueo, parece corresponderse bastante bien con la evidencia revisada, puesto que la idea de la unidad peloponesia apareció bastante antes de que la misma fuera finalmente alcanzada. La prohibición del ingreso al Peloponeso a los macedonios, señalada por Livio, parece apuntar justamente en esa dirección. En efecto, si bien el debate sobre el levantamiento de esta interdicción habría tenido lugar en el 174 a. C., la prohibición inicial debería remontarse a la ruptura de la alianza entre los aqueos y Filipo V (198/7 a. C.) durante la Segunda Guerra Macedónica (200-197 a. C.). Por aquella época, los aqueos no habían podido aún incorporar a su Confederación ni a Elis, ni a Mesene ni, mucho menos, a Esparta. Ni siquiera poseían Corinto ni Argos, que ligada por estrechos lazos de patronazgo al rey de Macedonia se separó momentáneamente de la Confederación al decidirse la alianza con Roma. Por lo tanto, los aqueos estaban lejos de poder imponer semejante restricción sobre un territorio que, en la práctica, no controlaban. Pese a esto, lo hicieron, lo que nos lleva a pensar que, por aquella época, ya habían establecido un vínculo imaginario con el Peloponeso.

En su *Vida de Cleómenes*, Plutarco apunta también a esta naturaleza imaginaria previa cuando dice explícitamente que el líder aqueo Arato quería reducir todo el Peloponeso a un solo dominio, el de los aqueos (Plu., *Cleom.* 3.4). Es muy difícil saber si este pasaje plutarqueo deriva de Filarco o de las *Memorias* de Arato, pues ambos sirvieron como fuente de material histórico

para el biógrafo. La mayor parte de la historiografía contemporánea se ha inclinado por la segunda de las opciones, pero, en todo caso, sea Arato o Filarco la fuente, este pasaje apuntalaría también la hipótesis de que la aspiración a la unidad del Peloponeso no resultaba inaudita en el siglo III a. C.¹¹ De hecho, como intentaremos mostrar, la génesis de la identificación entre el Peloponeso y el territorio federal debe buscarse en algún momento de la segunda mitad del siglo III a. C., lo que hace entendible la vanagloria de Diófanes por consumir a comienzos del siglo II a. C. algo que había sido imaginado colectivamente durante décadas.

Escribiendo luego del 167 a. C., durante su detención en Roma, Polibio ofrecía, sin embargo, una lectura distinta de la de Diófanes. Para él, en el presente todos los habitantes del Peloponeso compartían leyes, moneda, pesos y medidas y, por lo tanto, solo la carencia de una muralla que los encerrara juntos evitaba que toda la península pudiera ser considerada una gran *pólis* (Plb., II.37.11). No hace falta insistir en que se trata de una visión exagerada. Más importante parece ser, por el contrario, advertir que el autor estaba haciendo un guiño a sus lectores al polemizar implícitamente con un célebre pasaje de la *Política* de Aristóteles, quien había dicho que el Peloponeso, aunque estuviera rodeado por una misma muralla, no podría ser jamás considerado una *pólis*. Pero también Polibio llamaba la atención sobre el logro aqueo más palpable: la concordia (*homonóia*) del Peloponeso. A diferencia de Diófanes, el historiador atribuía el honor de haber alcanzado esta unidad a su maestro Filopemén, quien había sido “el luchador y el coronador de la acción (ἀγωνιστήν δὲ καὶ τελεσιουργὸν τῆς πράξεως)”, pensada originalmente por Arato y consolidada, a su vez, por la victoria de Licortas sobre los mesenios sublevados (Plb., II.40.2).¹² Todo parece indicar, por lo tanto, que la identificación entre la Confederación y el espacio peloponesio se remontaba al siglo III a. C. Pero, ¿significa esto que era tan antigua como pretendía Polibio en la *Achaica*? ¿Había un proyecto “desde la fundación” de la Confederación helenística en 281/0 a. C.?

¹¹ Filarco como fuente: Ferrabino (1972: 81), Pédech (1964: 155). La mixtura del pasaje y la agencia de Plutarco: Marasco (1981: 368).

¹² La autoría de la “unidad” parece residir en la fecha que se fije para la incorporación de Elis. Para Errington (1969: 131-132, 157), Diófanes tenía todo el derecho a reclamar el honor.

De Arato a Filopemén: Entre las aspiraciones panhelénicas y el control del Peloponeso

Alguna evidencia parece apuntar a Arato como el impulsor de la idea de la unidad peloponesia, pero es necesario advertir que es bastante débil. Como hemos señalado, Plutarco mencionaba que aquel líder aqueo había resuelto reducir todo el Peloponeso a su dominio, por lo que muchos autores contemporáneos han visto en este líder al ideólogo del proyecto de unificación peninsular. ¿Qué validez tiene este lugar común de la historiografía? Gruen es quien probablemente mejor sintetiza este tipo de aproximación al señalar que “la intención de Acaya fue la que siempre había sido: unir el Peloponeso bajo su autoridad” (Gruen, 1986: 446). Se explica, por lo tanto, a partir de una cierta “inmanencia” de la política territorial aquea y, lejos de ser una excepción a la regla, se trata de un tipo de razonamiento frecuente.¹³ Para esta perspectiva, la entrada de Arato en la historia aquea sería central para el “proyecto” de unificación, puesto que se ha pensado que la incorporación de la dórica Sición había quebrado una marcada tendencia particularista étnico-regional propiamente “aquea”, imprimiendo a la Confederación un objetivo de expansión espacialmente más ambicioso.¹⁴

Esta ruptura habría sido, sin embargo, sobredimensionada. Ferrabino, por ejemplo, que interpretaba el problema de la unidad griega antigua como el resultado de la tensión entre el particularismo y las tendencias hegemónicas, explicaba que el líder sicionio era en el fondo un conservador, carente de un plan de expansión, y que solo estaba interesado en posicionar de la mejor forma posible a la Confederación (Ferrabino, 1972: 249-250). Lo mismo puede decirse de Walbank, quien, con respecto a la incorporación de Sición, señalaba que “debemos tener cuidado de atribuirle en esta etapa ideales de un Peloponeso libre y unido” (Walbank, 1933: 37). Más allá de un ideal de unidad, lo que impulsó la política aquea bajo su mando fue el imperativo de aumentar la seguridad, mientras que su intento de “liberar” la península parece advertirse solo a partir del 237/6 a. C. con la intensificación de la presión aquea sobre los tiranos arcadios (Walbank, 1933: 163, 58).

Estas posturas acentuaban una dimensión estrictamente pragmática de la política. Pero, al hacerlo, dejaban de lado el hecho de que el discurso de la unidad peloponesia, más allá de ser “imaginario”, tenía agencia, puesto que tenía la capacidad de ir reforzando la identidad de la élite aquea con el territorio

¹³ Dmitriev (2011: 314), Pfeilschifter (2005: 229), Champion (2004: 124, n. 82), Holleaux (1957: 427), Niese (1903: 35).

¹⁴ Plu., *Arat.* 24.3; Paus., II.8.5. Cfr. Plb., II.43.3.

del Peloponeso. Esta identidad, a su vez, podía actuar como un motor para la expansión dentro de un horizonte territorial. Nuestra perspectiva, por lo tanto, también difiere de la clásica de Beloch, para el cual la política de Arato era la encarnación de una fuerza llamada “el movimiento republicano” cuyo objetivo último era un Peloponeso unido y libre. Este enfoque “ahistórico”, unitario, no resiste la evidencia y necesita, por lo tanto, ser complejizado.

Frente a este tipo de aproximaciones unitarias, Golan propuso un enfoque rupturista con respecto a la política de Arato. Según este autor, el líder aqueo habría tenido originalmente aspiraciones panhelénicas, pero, tras sus constantes reveses frente a Argos y la pérdida de legitimidad de su campaña tras la multa impuesta por los mediadores mantineos, tuvo que renunciar a una política de “liberación” de Grecia y concentrarse en el Peloponeso (Golan, 1973: 63, 68-70). Esta ruptura es reconocida también por Marasco, pero interpretada de otro modo. Para este, el cambio reflejaría una modificación en las características generales de las *Memorias*, la autobiografía de Arato, en las que le habría resultado más fácil justificar sus primeras acciones dirigidas exclusivamente contra el dominio macedónico, recurriendo para ello a la incuestionable consigna de la libertad griega, pero se le había vuelto más difícil legitimar lo actuado en contra de otros griegos *a posteriori* (Marasco, 2011: 110).

Desde nuestra perspectiva, la unidad debe ser vista como un objetivo tardío. No parece vislumbrarse en los primeros tres cuartos del siglo III a. C., puesto que los objetivos iniciales del pequeño grupo de *póleis* que conformaron inicialmente la Confederación (c. 281/0 a. C.) debieron haber sido limitados. Solo con el ingreso de Sición, y la posterior llegada de Arato a su primera estrategia, pudo imprimirse a la Confederación una política más ambiciosa (251/0 a. C.). No parece, sin embargo, que Arato tuviera un plan de unificación de la península en ese momento.¹⁵ Es más probable, por el contrario, pensar en una progresiva definición de este espacio como propiamente aqueo y, en ese sentido, como el resultado de una tardía percepción política centrada en la península como horizonte de expansión. El tinte apologético de las *Memorias* pudo haber resultado clave en la nueva definición, pues Arato necesitaba justificar su cambio de política, pero de modo tal que su opción no pareciera una traición a los ideales de libertad griega (Marasco, 2011: 107).

¹⁵ Entendemos el discurso de la unidad del Peloponeso como un discurso político. Por lo tanto, por un lado, dejamos de lado explicaciones como la de Siegfried (1928: 102), quien veía la cuestión de la unidad peloponesia como la realización práctica del ideal estoico de la cosmópolis. Por otro lado, tampoco lo vemos como un objetivo individual de Arato: “Son rêve d’unifier le Péloponnèse [...]” (Pédech, 1964: 159).

“El primer hombre que reunió todo el Peloponeso en la llamada Confederación Aquea”

Esto se observa, por ejemplo, en las distintas interpretaciones que las fuentes exponen sobre la toma por Arato de Acrocorinto (243 a. C.). Plutarco, trabajando sobre las *Memorias* de Arato, decía que el objetivo había sido liberar a Grecia de la tiranía macedónica.¹⁶ Polibio, en cambio, decía que el fin había sido solo el de liberar a los habitantes del Peloponeso de un gran temor (Plb., II.43.4). A partir de ese momento, decía el historiador aqueo, el fin de Arato había sido “expulsar a los macedonios del Peloponeso” (Plb., II.43.8). Polibio optaba, pues, por recortar el espacio geográfico de la gesta al Peloponeso cuando señalaba, además, que “los tiranos que había en el Peloponeso” se habían llenado de consternación (Plb., II.44.3). Entre ambas interpretaciones, por lo tanto, existe una ruptura en los objetivos políticos. Mientras el relato arateo muestra un objetivo original panhelénico, Polibio recorta el mismo de manera significativa.

Esto sería coherente con lo que conocemos de la historia previa de la Confederación aquea. La primera experiencia de integración por parte de los aqueos había ocurrido durante el siglo IV a. C. con Calidón, que se encontraba fuera del Peloponeso, más allá del golfo de Patras, lo que revela que en época clásica la península no jugaba ningún lugar destacado en la imaginación aquea (Xen., *Hell.* IV.6.1). Pero, es más, las acciones de Arato incluso no se habían limitado al Peloponeso sino solo hasta después de la Guerra Cleoménica (229/8-223/2 a. C.). A diferencia de Plutarco, Polibio silenció los múltiples ataques e intenciones militares que Arato había llevado a cabo sobre el Ática, Atenas, el Pireo e incluso una serie de ataques navales contra Salamina (242 a. C.).¹⁷ Podría mencionarse, además, una expedición contra el territorio de Lócride y Calidón durante su primera estrategia, así como también su marcha hacia Grecia central para apoyar a los beocios ante la súbita invasión etolia (245 a. C.).¹⁸ Su política en Ática casi surtió efecto en 229/8 a. C., lo que habría significado la adhesión de Atenas a la Confederación.¹⁹ En cualquier caso, es claro que Arato quería la

¹⁶ Plu., *Arat.* 16.2; cfr. Plb., II.43.4.

¹⁷ La expedición aquea sobre Salamina (Plu., *Arat.* 24.3).

¹⁸ Plu., *Arat.* 16.1; Paus. II.8.4. Cfr. Plb., XX.5.2; Walbank (1933: 42). Solo los fracasos en Beocia y Ática forzaron un centrado de los objetivos sobre el Peloponeso. Cfr. Golan (1973: 68-70).

¹⁹ Los detalles: Will (2003: 363). Este fracaso de Arato en la incorporación de Atenas reforzó probablemente la tendencia peloponesia, quizá impulsada por círculos cercanos a su rival megalopolitano Lidíades. Un pasaje de Plutarco (*Arat.* 35.4) sugiere esta lectura, pero no es segura. Cfr. Paus. II.8.6.

incorporación de Atenas, tal como había ocurrido con Mégara tras la caída de Acrocorinto, pero no pudo lograrlo.²⁰

Recién en la obra de Polibio, en el segundo cuarto del siglo II a. C., se proyecta una imagen de “unidad” política peninsular con un tinte de tipo “teleológico”, proyectando una situación del presente al pasado aqueo haciendo uso del beneficio de la retrospectiva. Para este autor, la muerte de Demetrio II, rey de Macedonia, había aterrorizado a los tiranos del Peloponeso y, de ese modo, se habían generado las condiciones propicias, dice, “para que los aqueos realizaran su propósito inicial (τὴν ἐξ ἀρχῆς ἐπιβολὴν τῶν Ἀχαιῶν)”, que era la “liberación” de todo el Peloponeso (Plb., II.44.2).

El grueso de la evidencia histórica sobre la “unidad” del Peloponeso parece concentrarse, pese al abordaje ahistórico propuesto por Polibio, en el cambio del siglo III al II a. C. Así, en su *Vida de Filopemén*, Plutarco comenta que los aqueos llevaron la guerra contra Macánidas, tirano de Esparta, cuando este, con numerosas fuerzas, estaba intentando tomar el control de todo el Peloponeso (Plu., *Phil.* 10.1). Esta idea se corresponde bastante bien con el constructo ideológico que encontramos en la presentación de esta campaña de Filopemén en las *Historias*: “reunió sus fuerzas en Mantinea para luchar contra el tirano, en favor de la libertad de todos los peloponesios” (Plb., XI.10.9). A esto se suma que Plutarco, en su *Vida de Filopemén*, señala también que los aqueos “se habían propuesto convertir el Peloponeso en un solo cuerpo y dominio” (Plu., *Phil.* 8.2). El discurso de la unidad del Peloponeso, en textos ligados a Polibio, parece asociar a Filopemén con esta empresa, pero no solo a él. En un discurso que se conserva en Livio, Licortas, padre de Polibio, justificaba en los mismos términos la permanencia de Esparta dentro de la Confederación ante los enviados romanos: “para que en todo el Peloponeso hubiera un único organismo y una única Confederación (*ut corpus unum et concilium totius Peloponnesi esset*)” (Liv., XXXIX.37.7).

La imagen de unidad del Peloponeso que presentan estos textos se construye sobre la base de una lucha liderada por los aqueos en pos de la liberación de los peloponesios, tanto de manos de los reyes de Macedonia, como de sus aliados tiranos.²¹ De ese modo, entre fines del siglo III y comienzos del II a. C. se dio paso a una progresiva identificación entre el territorio federal y el espacio del Peloponeso. Existe una serie de eventos claves que pueden orientarnos acerca del momento de cristalización de esta identidad y todos apuntan a la incidencia

²⁰ Plb., II.43.4; Plu., *Arat.* 16.2; 18.2-24.1; Str., VIII.7.3.

²¹ La lucha contra las tiranías como legitimación de la expansión aquea: Koehn (2007: 135-155).

del restablecimiento del poder macedonio en el sur de Grecia después de la batalla de Selasia (223/2 a. C.).

Primero, hemos señalado que es muy probable que durante la Segunda Guerra Macedónica se votara entre los aqueos la prohibición para todo macedonio de entrar al Peloponeso (198/197 a. C.). Segundo, esta decisión debió descansar en un recorte de hecho para las posibilidades aqueas de expansión fuera del Peloponeso tras la alianza con Macedonia (225 a. C.). En efecto, ya en 228 a. C. Arato había visto cómo Atenas se independizaba, pero rehuía unirse a la Confederación. A esto debe sumarse el hecho de que en 224 a. C. los aqueos perdieron el control sobre Mégara y Corinto, a manos de la Confederación beocia y Antígono Dosón respectivamente, lo que frenaba cualquier intento de expansión en esa dirección, orientando la misma hacia el sur.²²

Tercero, la incorporación de Megalópolis (235 a. C.) y otras *póleis* arcadias pudo haber dado impulso no solo a un cambio de orientación en la política aquea, desde el norte hacia el sur de la península, sino también haber permitido asociar a la Confederación con una identidad peloponesia que se estaba gestando hacía tiempo en Arcadia, por oposición a la identidad doria.²³ La prehistoria de esto puede observarse quizás en el discurso de los tegeatas antes de la batalla de Platea, donde se alude a un colectivo de los “peloponesios” por oposición a los Heráclidas o “dorios”, lo que se traduciría, en la práctica, en una identidad peloponesia opuesta a Esparta.²⁴ Más nítido se vuelve esto en el discurso de Licómedes de Mantinea en el siglo IV a. C., quien, según Jenofonte, “llenó de arrogancia a los arcadios, al decir que solo ellos podían considerar el Peloponeso como su patria, pues eran los únicos autóctonos que habitaban en ella”.²⁵

Posiblemente por este motivo Polibio insertó en la *Achaica* un relato sobre los aqueos y el retorno de los Heráclidas, lo cual podía permitir basar las aspiraciones aqueas al control del Peloponeso en la relativa antigüedad que exhibían con respecto a los espartanos (Plb., II.41.3-5). Plutarco achacaba a Arato, en efecto, que este hubiera estado dispuesto a aceptar de nuevo la dominación macedonia, antes que permitir que Cleómenes, que “era descendiente de Heracles y rey de los espartiatas” fuera nombrado “líder de sicionios y triteos” (Plu., *Cleom.* 16.6). La *Vida de Cleómenes*, quien era el antagonista

²² Sobre Acrocorinto y Mégara, cf. Plb., II.43.4; Plu., *Arat.* 16.2; 18.2-24.1; Str., VIII.7.3. Para las vicisitudes de Mégara entre 243 y 207/6 a. C., cuando volvió a control aqueo, cfr. Plb. xx.6.7-8; Plu., *Phil.* 12.3; Paus. VIII.50.5; Walbank (1999b: 73-74).

²³ La identidad arcadia, ligada a partir del siglo IV a. C. a una confederación: Tsiolis (2006).

²⁴ Hdt., IX.26; Vlassopoulos (2007: 12).

²⁵ Xen., *Hell.* VII.1.23. Cfr. Hdt., II.171; VII.1.73, Thuc., I.2.

de Arato, se basa en gran medida en Filarco, que apoyaba ideológicamente la política del rey espartano, por lo que esta reflexión puede dejar entrever la clase de discurso puesto en práctica por los espartanos para legitimar sus propias aspiraciones hegemónicas sobre el Peloponeso haciendo alusión al mito del retorno de los Heráclidas.²⁶ De hecho, esta estrategia de recurso a la tradición como legitimación, se observa también cuando Plutarco atribuye a Cleómenes el objetivo de “restituir el Peloponeso a su ordenamiento político tradicional” (Plu., *Cleom.* 16.2). Las palabras de Cleómenes, exiliado en Egipto, sobre la lealtad para con él de parte de los mercenarios peloponesios podrían revelar esta aspiración (Plb., v.36.4). Esto mostraría que en el siglo III a. C. los espartanos siguieron explotando un discurso propiamente peloponesio en su vertiente dorio (Wallbank, 1999a: 568).

Las nuevas condiciones históricas en las que los aqueos se hallaron a partir del 229 a. C. ayudan, por lo tanto, a explicar la progresiva identificación entre el territorio de la Confederación y el espacio del Peloponeso. La incorporación de Arcadia, con su historia y sus ricas tradiciones culturales, y sus intereses políticos derivados de su posición geográfica mirando al sur de la península, se produjo justo en un contexto histórico en el que no solo se habían recortado las posibilidades aqueas de expansión hacia el norte, sino también, en el que Esparta se había convertido en el principal rival. En el libro XVIII, no es extraño que Polibio recurriera para justificar la alianza aquea con los romanos del 198 a. C. al ejemplo de aquellos arcadios y mesenios que habían recurrido en el siglo IV a. C. a Filipo II contra Esparta. La llegada de este rey había permitido, según Polibio, que “los habitantes del Peloponeso recuperaran el sentido de la libertad” (Plb., XVIII.14.6). Se infiere de aquí que había una imagen del “Peloponeso” al margen del dominio de Esparta.

El núcleo arcadio de la Confederación parece haber tenido cierta responsabilidad en la aceleración final de la construcción imaginaria del Peloponeso como el territorio aqueo. Anuladas las tiranías del área norte y centro, y frenadas las expectativas de avance fuera del Peloponeso por la presencia militar macedonia en el Istmo, quedó abierto el camino para que la unidad dependiera exclusivamente de la lucha contra Esparta. La gravitación política de Megalópolis se observa en el hecho de que los principales hacedores de la política aquea provenían de allí, Filopemén, quizá Aristeno (Deininger, 1966), Diófanes y, por supuesto, Licortas. Todos estos políticos aqueos hicieron mención a la unidad del Peloponeso aqueo en alguna oportunidad, lo cual no puede

²⁶ Sobre el Peloponeso y su unidad a partir de este mito dorio: Lafond (2005: 331).

“El primer hombre que reunió todo el Peloponeso en la llamada Confederación Aquea”

ser casual. La guerra contra Esparta, además, proveía el aliciente de legitimar la expansión aquea ocultándola bajo el manto de una lucha contra la tiranía por la liberación de los peloponesios, entrando así en colisión con el discurso hegemónico espartano.²⁷

Justamente por llevar a buen puerto la represión final del movimiento separatista espartano en 188 a. C., Filopemén era acreditado por Polibio como quien había logrado la unidad peninsular. La abolición del ordenamiento constitucional espartano y su reemplazo por las leyes federales aqueas, parecía asegurar que todo el Peloponeso adoptara el “nombre aqueo”. ¿Por qué Polibio se mostraba incapaz de considerar la anexión de Mesenia en 191 a. C. por parte de Diófanos como el logro de la unidad peninsular? ¿Qué problemas traía aparejados una lectura como la de aquel líder aqueo?

El Peloponeso como territorio disputado: la intervención de T. Quincio Flaminio (191 a. C.)

John Ma ha mostrado cómo en la última conferencia entre los embajadores de Roma y Antíoco (193 a. C.), justo antes del estallido de la guerra, el enviado romano P. Sulpicio Galba buscó dar una lección de historia al representante seléucida, Minión, sobre la situación política de las *póleis* de Jonia y Eólida en Asia Menor. Ma ha mostrado allí de qué modo en los discursos del romano y del seléucida entraron en colisión dos narrativas sobre el espacio microasiático que implicaban, en efecto, un desafío por parte del romano al discurso seléucida sobre su control del territorio asiático (Ma, 1999: 50-52). De forma más interesante aún, este autor ha mostrado que el resultado final, la guerra entre las dos potencias, hizo a un lado el choque de discursos y mostró de forma descarnada que la validez de la narrativa que cada quien había expuesto durante la conferencia iba a quedar supeditada exclusivamente al balance de poder. ¿Qué ocurrió, en el caso de los aqueos y su discurso peloponesio, con la consolidación de la presencia romana en Grecia? ¿Cómo acomodaron su discurso los aqueos a la nueva presencia hegemónica, cada vez más intrusiva en la política de los estados griegos?

La imaginación de la unidad territorial del Peloponeso, expresada en un discurso coherente cuya génesis hemos intentado datar, parece haberse estabi-

²⁷ Sobre la legitimación de la expansión aquea por el Peloponeso como una lucha contra las tiranías en favor de la democracia y la libertad, cfr. Koehn (2007: 135-155), Moreno Leoni (2015).

lizado hacia la primera década del siglo II a. C. En ese momento, sin embargo, dicha narrativa llegó a ser reconocida e, incluso, desafiada desde el exterior. Una huella de esto nos ha llegado a través de Plutarco y de Tito Livio. En su *Vida de Flaminio*, el biógrafo recoge algunas anécdotas sobre frases ingeniosas del romano. Una de estas, en particular, se encuentra contextualizada en su intento de convencer a los aqueos de renunciar a la posesión de la isla de Zacinto sobre el mar Jonio frente a la Élide. Para persuadirlos, Flaminio decía a los aqueos que era peligroso para ellos, como para una tortuga, sacar su cabeza fuera del caparazón peloponesio, intentando anexionar territorios más allá de la península.²⁸ Zacinto había sido adquirida durante la Guerra de Antíoco, aunque poco sabemos de los pormenores de esta compra, salvo que se obtuvo de manos de un lugarteniente del rey Aminandro de Atamania, Hierocles de Agrigento, quien vendió la isla a los aqueos tras la derrota de Antíoco III en Termópilas (191 a.C.) (Liv. xxxvi.31.10-32.1).

Muchos autores modernos se muestran intrigados por el interés aqueo en esta pequeña isla jónica. Se ha argumentado para explicarlo, por un lado, la necesidad que tenían de mantener la lealtad de Elis, recientemente incorporada, frente a la cual se ubicaba la isla y, por el otro, la centralidad de los antiguos vínculos de parentesco entre los aqueos y su supuesta colonia insular.²⁹ Es posible que la preocupación por entender el interés aqueo por la isla sea superflua, al menos si tenemos en cuenta que la expansión era el objetivo de todos los estados helenísticos, incluso de las más pequeñas *póleis*. Desde esta perspectiva, nada impedía a los aqueos buscar esta anexión. Por otro lado, también sabemos que la Confederación tenía antecedentes en el control de islas como Egina, perdida durante la Primera Guerra Macedónica. Nuestra sorpresa por esta política extrapeloponesia puede deberse, más bien, a que estamos atrapados por la narrativa aquea de un Peloponeso como el territorio natural de la Confederación (Champion, 2004: 128).

La frase de Flaminio, que en otro contexto podría resultar anecdótica, puede interpretarse como una muestra de la apropiación por parte de los romanos de una narrativa histórica y espacial aquea para confirmarla, subvertirla y, finalmente, limitarla. Los aqueos veían el Peloponeso como una construcción colectiva de progresiva territorialización. Los romanos, por su parte, reconocían y aceptaban esta narrativa, pero solo para ponerle un límite. Las palabras de Flaminio fueron posiblemente recogidas originalmente en la obra de Polibio,

²⁸ Plu., *Flam.* 17.2. Cfr. Plb., xxxvi.32.5-9.

²⁹ Zacinto como colonia aquea: Thuc. II.66.1, Champion (2004: 128). Errington (1969: 122) ve la compra de la isla como un modo de forzar a Elis.

“El primer hombre que reunió todo el Peloponeso en la llamada Confederación Aquea”

dado que se encuentran no solo en Plutarco, sino también en Livio. Allí, el historiador latino pone, además, la siguiente frase en boca del prócónsul romano:

encerrados por el mar por todas partes, os resulta fácil anexionar lo que queda dentro de los límites del Peloponeso y defenderlo después de la anexión, pero en cuanto el afán de abarcar más y más os lleva a salir de esos límites, todo lo que queda fuera está desprotegido y expuesto a todos los golpes (Liv. xxxvi.32.5-9).

Los aqueos debían permanecer en el Peloponeso porque, desde su perspectiva, no era seguro extenderse más allá, quedando, por lo tanto, atrapados dentro de su propia narrativa geográfica. Quizás esto mismo fuera aceptado por ciertos sectores aqueos, como uno de los discursos de Aristeno parecería sugerir.³⁰ En las palabras de Flaminio podía incluso estar implícita la referencia al reciente desastre naval que Filopemén, al frente de una pequeña flotilla aquea, había sufrido ante Giteón (192 a. C.), lo cual había revelado los límites de una posible política naval aquea.³¹ Sin embargo, se trataba solo de la perspectiva romana. Para los aqueos, es claro, esto no había significado una renuncia a sus ambiciones navales, como muestra su enfático rechazo a abandonar sus pretensiones sobre otra isla, Egina, perdida a manos de Pérgamo unos veinte años atrás (210 a. C.).³²

El contexto del pasaje es mucho más claro en el relato de Livio. Allí, es posible percibir el sentido completo de lo que estaba en disputa en aquella oportunidad entre aqueos y romanos. Durante la estrategia de Diófanes (192/1 a. C.), los aqueos se habían empeñado en negociaciones con Mesene y Elis. El historiador latino es explícito cuando dice que se trataba de las únicas dos *póleis* del Peloponeso que quedaban fuera de la Confederación. Elis estaba dispuesta a negociar su ingreso, mientras que Mesene se resistía militarmente. Diófanes respondió con una invasión federal, ante lo cual, los mesenios solicitaron la asistencia de Flaminio, quien ordenó a los aqueos licenciar de inmediato a su ejército y a los mesenios aceptar la vuelta de los exiliados e incorporarse a la Confederación. Su otra exigencia fue que los aqueos renunciaran a Zacinto,

³⁰ Liv. xxxii.21.26. El Peloponeso como península “expuesta y a propósito para un ataque naval más que para ningún otro (*nulli apertior neque opportunior quam navali bello*)”.

³¹ Sobre la expedición naval aquea: Plb., xxxv.25.11-26.10; Plu., *Philop.* 14; Errington (1969: 102-104). Livio señalaba que la impericia naval de Filopemén se debía a que era un “*Arcas, mediterraneus homo*” (xxxv.26.4), que es un estereotipo homérico (*Il.* II.603-614). Cfr. *IG* v.2, 268, II.23-27.

³² Plb., xxii.7.8-8.13. Cfr. Errington (1969: 159-161).

entregándola a los romanos. Diófanos, ante la insistencia del romano y debido a la falta de apoyo político interno, finalmente cedió (Liv. xxxvi.31-32).

En ese momento, y mediado por la acción de Flaminio, los aqueos habían conseguido el objetivo de la unidad peloponesia. Diófanos buscó en su Megalópolis natal ser recordado por ello pero, como queda de manifiesto, gracias a la garantía del romano. Este territorio peloponesio, imaginado por los aqueos y garantizado por los romanos, se reconocía ya en la decisión de Flaminio y la comisión decenviral en Corinto tras la victoria sobre Filipo V (196 a. C.): “Corinto, Trifilia y Herea –ciudad esta que también pertenece al Peloponeso (*Peloponnesi et ipsa urbs est*)– fueron devueltas a los aqueos”.³³ ¿Por qué la aclaración de la ubicación geográfica? No es la primera vez que la plaza aparece en la obra de Livio (Liv. xxxii.5.4); tampoco podía dar lugar a ambigüedad geográfica³⁴ ni era una ciudad particularmente importante. Este testimonio tiene sentido solo si se lo relaciona con el símil de la tortuga utilizado por Flaminio, pues también se recortaba el territorio aqueo al espacio del Peloponeso.

Este símil no está atestiguado en la literatura anterior y, además, el tipo de lenguaje informal es perfectamente compatible con el utilizado corrientemente por Flaminio en las relaciones con las *póleis* griegas (Briscoe, 2003: 269). Es posible que estas palabras o bien fueran del romano o, al menos, reflejaran una original construcción cultural romana a partir de la imagen peloponesia aquea. En ese sentido, Polibio probablemente adhería a la idea de que el Peloponeso había sido unificado por Filopemén no solo por su identificación con la figura de este héroe aqueo, sino también porque la incorporación de Mesene por Diófanos no podía considerarse más que como un regalo romano. Los mesenios habían efectuado una *deditio in fidem* ante los romanos y, por lo tanto, estos tenían la hipotética “obligación” de protegerlos en virtud de la *fides*.³⁵ La fallida campaña de Filopemén, concluida por Licortas en 182 a. C., habría de suprimir por la fuerza la rebelión mesenia, destruyendo este lazo romano con

³³ Liv. xxxiii.34.9. Hallamos lo mismo en Polibio, pero con una breve laguna que suele completarse con el texto liviano. Los elitanos reclaman a los aqueos Trifilia y los etolios Herea (Plb. xviii.42.7). Filipo V pretendía devolver Orcómeno, Herea, Trifilia y Alifera a los aqueos para asegurar su lealtad: Liv. xxxii.5.4; Briscoe 1973: 174-175. También de acuerdo con Briscoe, Trifilia y Herea no serían, pues, entregadas a los aqueos por los romanos, sino que estos los reconocerían su posesión de hecho. Con todo, existen serios problemas para entender cómo Herea habría llegado a poder de Filipo V: Walbank (1967: 17, n. 2).

³⁴ Como en el caso de Trifilia (Liv. xxxii.13.2).

³⁵ *Deditio* y *fides* no son necesariamente comprensibles para el público griego: Moreno Leoni (2014).

“El primer hombre que reunió todo el Peloponeso en la llamada Confederación Aquea”

la política interna del Peloponeso (Dmitriev, 2011: 321). Los romanos habían perdido la facultad de intervenir legítimamente.

Conclusión

Tanto la aceptación de la entrega de Zacinto a los romanos, a cambio del reconocimiento del control sobre Mesene, como los motivos de la ruptura final con Macedonia, así como también los móviles de guerra contra los tiranos espartanos, fueron acciones políticas que respondían a una territorialización del Peloponeso. En ese sentido, la imaginación de la península como el territorio propio de la Confederación precedió en algunas décadas a su control efectivo. Sin embargo, pese a algunas noticias tardías sobre la antigüedad de este propósito, supuestamente “desde el inicio”, es difícil atribuir a la imaginación de este Peloponeso aqueo una antigüedad mayor que la del último cuarto del siglo III y la primera década del segundo II a. C.

Los intentos por trasladarla a la etapa fundacional de la Confederación o a la de ascenso de la figura política de Arato a mediados del siglo III a. C. no parecen tener sustento. Debió haberse producido más bien una cristalización y realización de una identificación entre el territorio federal y el espacio del Peloponeso en el período entre los años 225 y 188 a. C. Para esta última fecha, al menos desde la perspectiva de Polibio, la unidad peninsular habría sido un hecho, dado que no habría habido intervención romana y, además, se habría acabado con el orden jurídico particular que tenía Esparta, logrando la unidad aquea (*ita unius eos corporis fore et de omnibus rebus facilius consensuros*) (Liv. xxxviii.34.3). Para otros, como para Diófanos, eso habría sido alcanzado tres años antes con la incorporación de Mesene. En cualquier caso, había varios individuos de la élite federal aquea dispuestos a atribuirse el éxito porque se trataba de un territorio ya instalado en el imaginario aqueo.

Sería quizás superfluo insistir sobre el hecho de que la realidad de un Peloponeso aqueo jamás llegó a coincidir con lo que las élites políticas aqueas habían imaginado durante décadas. En efecto, no solo ciertos limitados espacios de la península jamás se incorporaron a la Confederación, sino que esta, además, pudo haber comenzado también en el siglo II a. C. a incorporar *póleis* fuera del Peloponeso, superando, de ese modo, los límites territoriales imaginados.³⁶

³⁶ Limitaciones geográficas de esta unidad: a) Metana en la Argólide, que siguió siendo ptolemaica; b) el vago estatus de las comunidades periecas de Laconia (Liv. xxxviii.11.2): Walbank (1999a: 218). Además, quedaría la noticia en Pausanias (vii.11.3) sobre la escisión de Pleurón en Etolia,

Desde el punto de vista de lo que nos ha ocupado aquí, poco importa eso, ya que la territorialización imaginaria del Peloponeso se había logrado hacía décadas en los discursos y en las mentes de quienes guiaban los destinos aqueos entre fines del siglo III y comienzos del II a. C., alcanzándose de manera notable una perfecta identidad entre el espacio geográfico del Peloponeso y el territorio de la Confederación aquea.

Bibliografía

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Austin, M. (1986). “The Hellenistic Kings, the War and the Economy”. *Classical Philology*, 36 (2), pp. 450-466.
- Branch, J. (2014). *The Cartographic State. Maps, Territory, and the Origins of Sovereignty*. Cambridge: University Press.
- Briscoe, J. A. (2003). *Commentary on Livy. Books XXXIV-XXXVII*. Oxford: Clarendon Press.
- (1973). *A Commentary on Livy. Books XXXI-XXXIII*. Oxford: Clarendon Press.
- Capdetrey, L. (2010). “Espace, territoires et souveraineté dans le monde hellénistique: L'exemple du royaume séleucide”. En Savalli-Lestrade, I. y Cogitore, I. (comps.), *Des Rois au Prince. Pratiques du pouvoir monarchique dans l'Orient hellénistique et romain (IV e siècle avant J.-C.–II e siècle après J.-C.)*, pp. 17-36. Grenoble: Université Stendhal.
- (2012). “Fondations, diasporas et territoires dans l'Asie hellénistique au III e siècle”. *Pallas*, 89, pp. 319-344.
- Champion, C. (2004). *Cultural Politics in Polybius' Histories*. Berkeley: University of California Press.
- Chanotis, A. (1996). *Die Verträge zwischen kretischen Städten in der hellenistischen Zeit*. Stuttgart: Franz Steiner.
- (2005). *War in the Hellenistic World. A Social and Cultural History*. Malden: Blackwell.

del otro lado del golfo de Corinto, de la Confederación Aquea (146 a. C.), pero también de Heraclea en Traquis (VII.14.1; 15.2).

“El primer hombre que reunió todo el Peloponeso en la llamada Confederación Aquea”

- De Polignac, F. (1995). *Cults, Territory, and the Origins of the Greek City-State*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Deininger, J. (1966). “Aristainos von Megalopolis und Aristainos von Dyme”. *Historia*, 15, pp. 376-380.
- Dmitriev, S. (2011). *The Greek Slogan of Freedom and Early Roman Politics in Greece*. Oxford: Oxford University Press.
- Eckstein, A. (2006). *Mediterranean Anarchy, Interstate War, and the Rise of Rome*. Berkeley: University of California Press.
- Errington, R. (1969). *Philopoemen*. Oxford: Clarendon Press.
- Ferrabino, A. (1972). *Il problema dell'unità nazionale nella Grecia antica, I. Arato di Sicione e l'idea nazionale*. Roma: L'Erma di Bretschneider.
- Golan, D. (1973). “Aratus’ Policy between Sicyon and Argos: An Attempt at Greek Unity”. *Rivista Storica dell'Antichità*, 3, pp. 59-70.
- Gruen, E. (1986). *The Hellenistic World and the Coming of Rome*. Berkeley: University of California Press.
- Hall, R. (1999). *National Collective Identity: Social Constructs and International Systems*. Nueva York: Columbia University Press.
- Hansen, M. (2006). *Polis. An Introduction to the Ancient Greek City-State*. Oxford: Oxford University Press.
- Holleaux, M. (1957). “Rome, Philippe de Macédoine et Antiochos”. En *Rome et la conquête de l'Orient. Philippe V et Antiochos le Grand*, pp. 295-432. Études d'épigraphie et d'histoire grecques, vol. v. París: De Boccard.
- Jacob, C. (2008). *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*. Barcelona: Bellaterra.
- Koehn, C. (2007). *Krieg – Diplomatie – Ideologie. Zur Aussenpolitik hellenistischer Mittelstaaten*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag.
- Kosmin, P. (2014). *The Land of the Elephant Kings. Space, Territory, and Ideology in the Seleucid Empire*. Cambridge (Ma.)-Londres: Harvard University Press.
- Krasner, S. (1993). “Westphalia and All That”. En Goldstein, J. y Keohane, R. (comps.), *Ideas and Foreign Policy*, pp. 235-264. Ithaca: Cornell University Press.
- Lafond, Y. (2005). “Le mythe, référence identitaire pour les cités grecques d'épo-

- que impériale. L'exemple du Péloponnèse". *Kernos*, 18, pp. 329-346.
- Lévêque, P. (1968). "La guerre à l'époque hellénistique". En Vernant, J. (comp.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, pp. 261-287. Paris: Mouton.
- Ma, J. (2000). "Fighting Poleis of the Hellenistic World". En Van Wees, H. (comp.), *War and Violence in Ancient Greece*, pp. 337-376. Londres: Duckworth and Classical Press of Wales.
- (1999). *Antiochos III and the Cities of Western Asia Minor*. Oxford: University Press.
- Marasco, G. (1981). *Commento alle biografie plutarchee di Agide e di Cleomene*, vol. II. Roma: Edizioni dell'Ateneo.
- (2011). "The Hellenistic Age: Autobiography and Political Struggles". En Marasco, G. (comp.), *Political Autobiographies and Memoirs in Antiquity*, pp. 88-120. Leiden: Brill.
- Moreno Leoni, A. (2014). "The Failure of the Aetolian *Deditio* as a Didactic Cultural Clash in the *Histories* of Polybius (20.9-10)". *Histos*, 8, pp. 146-179.
- (2015). "Memoria y tiranía en la Confederación Aquea helenística (s. III-II a. C.)". *Emerita*, 83 (1), pp. 133-156.
- Niese, B. (1903). *Geschichte der griechischen und makedonischen Staaten seit der Schlacht bei Chaeronea*, vol. III. Gotha: Perthes.
- Payen, P. (2012). *Les revers de la guerre en Grèce ancienne*. Paris: Belin.
- Pédech, P. (1964). *La méthode historique de Polybe*. Paris: Les Belles Lettres.
- Pfeilschifter, R. (2005). *Titus Quinctius Flamininus: Untersuchungen zur römischen Griechenlandpolitik*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- Schorn, W. (1833). *Geschichte Griechenlands von der Entstehung des ätolischen und achäischen Bundes bis auf die Zerstörung Corinths*. Bonn: Eduard Weber.
- Sherwin-White, S. y Kuhrt, A. (1993). *From Samarkhand to Sardes. A New Approach to the Seleucid Empire*. Londres: Duckworth.
- Siegfried, W. (1928). *Studien zur geschichtlichen Anschauung des Polybios*. Leipzig: Teubner.
- Spruyt, H. (1994). *The Sovereign State and Its Competitors*. Princeton: University Press.

“El primer hombre que reunió todo el Peloponeso en la llamada Confederación Aquea”

- Tsiolis, V. (2006). “Inventando la tradición: nacionalismo y nuevas ciudadanías en la Arcadia del siglo IV a. C.”. En Plácido, D. *et al.* (comps.), *La construcción ideológica de la ciudadanía. Identidades culturales y sociedad en el mundo griego antiguo*, pp. 303-314. Madrid: Editorial Complutense.
- Vlassopoulos, K. (2007). “The Regional Identity of the Peloponnesese”. *Proceedings of the Conference “Being Peloponnesian”*, Nottingham: <http://www.nottingham.ac.uk/csps/documents/beingpeloponnesian/kostas.pdf> (consultado el 15/11/2012).
- Walbank, F. (1933). *Aratos of Sicyon*. Cambridge: University Press.
- (1967). *Philip V of Macedon*. Hamden: Archon Books.
- (1999a). *A Historical Commentary on Polybius*, vol. I. Oxford: Clarendon Press.
- (1999b). *A Historical Commentary on Polybius*, vol. III. Oxford: Clarendon Press.
- Weber, M. (2008). *Economía y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wight, M. (1977). *System of States*. Leicester: University Press.
- Will, E. (2003). *Histoire politique du monde hellénistique (323-30 av. J.-C.)*, vol. I. París: Seuil.